

V. Blasco Ibáñez
El sueño de doña Berta
(*Vida Nueva*, 20-8-1899)

Va picando ya en la historia la conducta que observa el Gobierno con los carlistas.

No pasa día que no se denuncien trabajos de conspiración realizados por dicho partido.

Habló la prensa de las provincias del norte de los descarados trabajos de organización llevados a cabo por los carlistas en aquella parte de España, y nadie hizo caso.

Denunciamos aquí la propaganda belicosa que por antiguos cabecillas viene realizándose en diversos distritos de esta provincia; los banquetes de jefes y oficiales, gente que se prepara a echarse al monte de un momento a otro, y los ejercicios que algunos pelotones de gañanes llevan a cabo los domingos en las afueras de los pueblos, esperando el momento de cambiar los palos que manejan por fusiles buenos y flamantes, que, según les dicen, ocultan cuidadosamente algunos curas, y, sin embargo, las autoridades, que nosotros sepamos, no han tomado precaución alguna.

Ahora es *El Tiempo*, de Madrid, un periódico eminentemente dinástico, como órgano que es de Silvela, el que denuncia los preparativos militares de los carlistas y hasta los nombres de los titulados «generales» que se han de encargar del alzamiento absolutista en cada región.

Y el Gobierno siempre quieto, siempre en la higuera, como si no viese ni supiera nada.

Queremos suponer que se invirtieran los términos y esto que se dice de los carlistas se dijera de los republicanos; que la prensa publicase detalles de nuestra organización revolucionaria, los nombres de los que habían de dirigir el movimiento insurreccional y hasta que habían salido comisiones para Francia y Bélgica con el encargo de comprar fusiles. ¿Qué pasaría? Seguramente a estas horas estarían las cárceles llenas de republicanos, y ese Gobierno, que tan manso y complaciente se muestra con los carlistas, no se daría paz ni reposo en perseguirnos a los republicanos.

De esta irritante desigualdad, de esta parcialidad que delata el amor a la reacción que sienten los dinásticos llamados liberales, sácase, sin embargo, una consecuencia consoladora.

La monarquía muéstrase recelosa, perseguidora y cruel con nosotros, porque nos tiene miedo, porque sabe que representamos el porvenir, y más o menos pronto es seguro el triunfo de la República.

Con los carlistas, aparte de la oculta simpatía que por ellos siente la restauración, es tolerante y dulce, porque cree, como todo el país, que su victoria es imposible y sabe que aunque triunfasen en los campos de batalla (que nunca triunfarán), no por esto serían dueños de la nación, pues antes esta quedaría desierta.

El carlismo no puede tomarse en serio como solución política, pero es una perturbación que hoy se halla latente y puede retrasar de nuevo el progreso del país.

El gran desnivel que se nota entre España y el resto de Europa, tanto en el progreso intelectual como en el material, reconoce por causa esos dos largos estancamientos y retrocesos a la barbarie primitiva que ha sufrido nuestro pueblo con las guerras civiles.

Hace mal, y traicionan la prosperidad del país, esos gobernantes que, pudiendo evitar una guerra que acabaría de arruinar la nación, no la precaven con las medidas represivas de las que tanto usan y abusan cuando se trata de republicanos.

El hecho de que el carlismo intenta una nueva guerra utilizando los pequeños núcleos de imbéciles y aventureros de que todavía dispone, resulta indudable.

Hay un elemento al frente de ese partido que desconoce por completo lo que es este país y sueña con la guerra creyendo en el triunfo.

Los Rohan han sido siempre unos pobres diablos de la alta nobleza a prueba de desengaños y humillaciones y aspirando eternamente a ilusorias coronas.

Doña Berta es una mujer pequeña, nerviosa, mansa en apariencia, pero con un colorcillo entre verdoso y amarillento, que delata la preponderancia de la bilis en su organismo.

Iba para monja, y todavía en su manera de vestir se nota el encogimiento de la novicia que, acostumbrada a los hábitos, se le vuelan los trajes y las galas suntuosas con que se adornaba. Pero le proporcionaron el casamiento con un rey *in partibus*, buen mozo, aunque algo averiado por las heridas de las batallas de Venus y, ¡adiós, vocación religiosa! Ella se sintió Rohan, y ansiando ser reina, aceptó, a cambio de sus millones y de las muchas herencias que todavía tiene al caer la mano, y algo más que no aceptaría ninguna señorita de sangre plebeya, y en donde han dejado crueles señales de posesión las *cocottes* parisienses, las bailarinas húngaras y las rubias artificiales que antes asomaban sus ajados rostros a las ventanas de los caserones venecianos, esperando la llegada de la góndola de Loredán, con su corona en la popa y sus cintas rojas y amarillas en el sombrero de los gondoleros, ridícula demostración de las pretensiones del pretendiente.

Basta ver a la pareja paseando por las tardes bajo las marmóreas arcadas de la plaza de San Marcos, para adivinar lo que es este matrimonio de cesantes regios, con su eterno memorial en el bolsillo, pidiendo la corona de España.

Él, enorme, cargado de espaldas, con la barba tan cana, que ya es casi blanca; andando con pesadez, como si sus delgadas piernas y la médula se resistieran a cada paso, recordándole toda una vida de afrodisíacos estremecimientos; con cierto aspecto de cansancio, y mirando a todos lados con los ojos turbios del que se aburre, como lamentando su pérdida independencia de viudo, que le libertaba de tener que ir a todas partes, siempre con la misma mujer pendiente del brazo.

Ella, pequeña, insignificante, tanto, que con su cabeza no le llega al hombro; cautelosa al andar, como recogida en sí misma, pero aferrada al brazo de su hombre con fuerza y fijando en él unos ojillos verdosos y fríos que tienen reflejos de acero empavonado, y en los que se delata una voluntad absoluta e imperiosa, con la cual no hay más solución que la protesta y el rompimiento o la sumisión del Juan Lanás.

Inmediatamente se adivina que aquella monjita es la que tiene las llaves de la despensa; la que sabe imponerse en su calidad de ama del dinero; la que no pudiendo resistir influencias extrañas ni resistencias del cariño filial, ha ido poco a poco quitando de en medio a todos los hijos de su marido.

Ni sabe cómo España, ni tal vez dónde está; pero se casó con la esperanza de ser reina de ese país de moros, y esto basta.

Para prepararse a lucir en el palacio de Oriente, aprende el castellano tomando como maestro a su marido, que lo habla como uno de esos comisionistas franceses que vienen por aquí, y el español que pasea por la plaza de San Marcos vuelve la cabeza con sorpresa y ríe al fijarse en un matrimonio pronunciar las erres y las jotas con tantos visajes y esfuerzos como si estuvieran tragando una suela de zapato.

Ella, que no conoce nuestro país, cree que aquí todos la estamos esperando con los brazos abiertos. Se extasía en el salón donde su marido, echándolas de artista, ha organizado un museo... ¿de cuadros? ¿De estatuas? No; un museo de choza salvaje, con las armas de sus cabecillas más famosos tintas aún en la sangre de los soldados españoles.

Los que forman su servidumbre, sus chambelanes de opereta, las comisiones que llegan de España, los próceres de partido, se lo pintan todo de color de rosa y sueña con ser una amazona del carlismo como su cuñada doña Blanca; ansía la guerra, y para demostrar que no jugará mal papel en el palacio de Madrid, hace un derroche de trajes ante los correligionarios que la

visitan en Venecia, alaba las quintillas que escribe Cerralbo, llega en el colmo de la amabilidad a reconocer la hermosura de Mella, y para halagar al insignificante Peirolón, asegura que se parece a San José.

Todo esto resulta sencillamente ridículo.

Esa pobre señora, que siguiendo las tradiciones de su familia tiene hambre de corona, no es culpable de haber caído en un grupo de visionarios que creen seguro el triunfo y excitan su ambición, para que se lance a una aventura de la que volverán todos al casuchón veneciano con las manos en las costillas y algunos millones menos.

Esa doña Berta no es más que una ambiciosa de novela, una reproducción de aquella reina de Iliria, tan admirablemente descrita por Alfonso Daudet en *Los reyes en el destierro*.

Pero lo que avergüenza es haber nacido en una nación donde existen miles de imbéciles dispuestos a que les rompan la crisma en defensa, no de principios desacreditados que desconocen, sino de un inválido del amor y de una monjita nerviosilla que quiere ser reina, aunque para ello tenga que devastar un país que no conoce y considera como suyo.